

La contemplación de la naturaleza es tónico eficaz para mantener la armonía en las funciones de la inteligencia y del corazón, es poderosa medicina para el alma combatida por las enfermedades, que lleva y extiende la frágil y pobre condición humana.

La verdad es que nuestro compañero sigue su camino sin debilidades, ni desfallecimientos en una época, en que todo se discute y contradice, cuando por todas partes asoma la indiferencia, cuando la versatilidad y el rebajamiento se han constituido en regla general. La verdad es que nuestro compañero camina con paso seguro entre la disputa eterna y la variación continua, desviando los obstáculos que le ofrecen los ejemplos de cada día. Y no es que olvide que el progreso es ley de humanidad; sabe que el fin trascendental del hombre es acercarse á la perfección absoluta en todas las funciones de su espíritu; pero sabe también que no todo lo que se apellida progreso lo es en verdad y que es cosa vana admitir que puedan serlo esa multitud de afirmaciones contradictorias, que corren con el sello de progresos modernos. Para él existen verdades fundamentales tan absolutas como necesarias, que sirven de punto de partida para fijar el valor de las afirmaciones humanas.

Por esto dedica al estudio el tiempo, que sus ocupaciones le dejan, no para admitir cuanto lee en los libros, sino para examinarlo y sujetarlo al juicio de su entendimiento y al fallo de su conciencia; por esto busca en el seno de la naturaleza, no solamente conocimientos útiles para aumentar su caudal científico, sino también la piedra de toque para quilatar muchas de esas teorías que, revestidas de un ropaje más ó menos científico, hacen vía entre los hombres, soliviantando los espíritus y malbaratando las inteligencias.

¡Dichoso quien puede realizar esa labor con todo provecho! ¡dichoso quien sabe guardar los linderos, que Dios puso en el campo del entendimiento humano, y llega al hermoso resultado de obtener la verdad en medio de las creaciones de la imaginación, que la desconocen ú obscurecen!

Entiendo que el Dr. Bruguera, sin aparato, sin vanidad, sin efectos de relumbrón, andaba más seguro que muchos, que pretenden para sí la verdadera sabiduría.

De lo que no cabe la menor duda es de que comprendía á la perfección los deberes del médico práctico. Abrigaba la convicción de que la naturaleza humana ofrece puntos todavía oscuros, á los cuales no ha llegado la luz de la ciencia, y que además los medios, de que ésta dispone, son deficientes, en casos más, ó menos frecuentes, para curar las enfermedades del cuerpo. Conocía por experiencia propia que, siendo como es la naturaleza del hombre compuesta de cuerpo y alma, las funciones de ambos componentes andan tan compañeras y con tal intimidad que se influyen recíprocamente. De ahí que comprendiese la forzosa